

CARAS y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDADES

CARLOS CORREA LUNA
DIRECTOR

JOSÉ M. CAO
DIBUJANTE

BUENOS AIRES, 10 DE FEBRERO DE 1906

JOSÉ S. ALVAREZ
FUNDADOR

AÑO IX

N.º 384

Alquimia de ocasión



—Pellegrinato de soda, Mitrofonal, Ugarticina de hierro, Manoglobina, Benitógeno, en partes iguales. Mézclase, désele forma esférica y dórese la pílora.

Dr. de Giménez.

El sueño del periodista

No era viejo todavía, pero ya cansado. En sus años de virilidad intelectual escribía libros de arte puro, consagrados con las mejores ramas de su talento y animados con la savia briosa de su juventud entusiasta. Era un simple ensayista, — él lo sabía bien; — ensayista indispensable, obligado a las academias, para llegar a la realización de la obra perfecta, cuya idea se agitaba en el espíritu, rebelde al esfuerzo de los débiles febriles del creador. Era rico entonces, y trabajaba buscando la belleza con el obstinado desinterés del artista que busca la verdad.

La cataclismo derrumbó el taller, y el artista, después de haber andado largo tiempo sacudido por las aguas turbias del torrente, fué a caer desvanecido sobre las arenas de una playa.

Sus ensueños quedaron debajo los escombros del taller destruido; los viejos y las aguas dispersaron sus esperanzas; que como una banda de pichones arrastrados muy lejos por la impetuosidad del torbellino, perdidas las fuerzas y perdido el rumbo, murieron de frío en la obscuridad del des poblado.

Con el alma que vacía de ensueños era triste como una órbita sin ojo, el artista se puso en camino; y al fin de la primera jornada, se acostó sin admirar la majestuosa belleza del crepúsculo.

Al despertar tuvo hambre, y como llevaba por único dinero el no amonestado de su pluma, echó a andar en busca de un prestamista que quisiera darle unos centavos por aquella su cinceladora pluma de otros tiempos.

Desde entonces fué periodista.

Ajeno al oficio, incapaz de comprenderlo ni de amarlo, convencido de su inferioridad que le cerraba el camino de los éxitos, se conformó a ser un sastre de ideas ajenas.

Así anduvo, por años y por años, rodando de redacción en redacción, produciendo una enormidad de prosa bella y pálida, escribiendo sobre todos los temas sin entusiasmarse con ninguno, sin dejar en ninguna de sus páginas el calor de la vida, la llama ustoria de la inspiración.

Había visto a otros crecer a su lado, y los había visto vibrar, llenos de fe, derramando todos sus cariños intelectuales en la obra anónima y efímera, pero recompensadora, sin embargo. En tanto él, manteniéndose fiel al recuerdo de la amada muerta, se iba acercando lenta y silenciosamente a la estación final, produciendo siempre, todos los días, su buena cantidad de prosa bella y pálida, sin relieve, sin perfume y sin calor.

Había escrito en muchos diarios, había escrito muchas cosas, había pasado muchos años entregado al oficio ingrato de vestir ideas ajenas, de dar forma a ideas que no eran las suyas, de argumentar en favor o en contra de tesis para él indiferentes, de mentir, callando lo que debiera hablar y de mentir hablando lo que su conciencia le imponía callar.

Así, compadecido por unos, bafado por otros, despreciado por todos, iba declinando, no tan a prisa que no le pareciera largo el camino y tarda la vejez.

Un día, en una brumosa tarde de invierno, el periodista se retiró con fiebre del taller y fué a tirarse en un humilde lecho de celibatario. Se acostó sin cenar, y no tardó en sumergirse en un profundo sueño, y en el sueño soñaba de una extraña manera.

A través de las mallas de sombra, vió insinuarse una claridad de aurora y en seguida se presentaron tres mujeres, jóvenes las tres, y las tres vestidas con ricas telas mal confeccionadas. El artista reconoció en seguida a sus hijas predilectas, a las nacidas de su espíritu, a las lejanías de su briosa juventud. Quiso hacerles saber, pero ellas le impusieron silencio con un gesto severo, y la mayor díjole:

— Mira!

Sobre un gran lienzo blanco, semejante al que se emplea en las proyecciones cinematográficas, el periodista vió destacarse una figura solemne que le habló de este modo:

— Yo soy la Libertad, distribuidora de justicia.

terror de los tiranos y bondadosa protectora de los oprimidos; yo soy la Libertad, madre de la justicia, yo soy la Justicia, madre del amor. Tú has combatido por mí, ¡bendito seas!

La imagen se borró y cuando el periodista sonreía contento, otra figura se proyectaba sobre el lienzo. Era un hombre opulentamente vestido, que llevaba una sonrisa en los labios, una amenaza en los ojos, en una mano una bolsa de dineros y en la otra un látigo. Y dijo:

— Yo soy la Tiranía. Con el látigo castigo, con el oro corrompo. En la época de mi reinado, había varios tiranos vecinos. Tú usaste frases lapidarias contra mis colegas; pero fuiste bueno conmigo. Torturando la lógica, supiste demostrar, con habilidad escolástica, que mi suprema arbitrariedad era suprema justicia. Yo te saludo.

Mutación. Un tipo harapiento, hirsuto, cuya diestra ennegrecida agitaba un fusil.

— ¡Correligionario, salud!... ¡Yo soy la Revolución, yo soy el derecho armado; mato, incendio, asuelo; dejo tras mí escombros y cenizas regados con sangre y con lágrimas, pero como encarno las santas reivindicaciones populares, tú me aplaudiste! ¡Salud, amigo!

La imagen se borra y la sustituye otra: un tipo distinguido é insolente como un billete de mil pesos.

— Yo soy la Legalidad, yo represento las instituciones; soy el orden porque soy la fuerza; soy el derecho porque soy el triunfo. Y me has aplaudido: ¡Gracias!

Una mujer apareció después.

— Soy una madre — dijo — soy la esposa del

obrero que trabaja, que pena, y que ve su jornal devorado por el juego, en tanto falta pan en casa y los chicos lloran de frío. Tú has atacado al monstruo, tú combatiste la infame lotería; ¡bendito seas!

Borrada apenas la imagen de la buena mujer, se dibuja la de un gentleman que exclama, quitándose el monóculo:

— Yo represento el Hipódromo. Yo soy un "vieux viveur" aristócrata, solemne como un palacio de la Avenida Alvear, despreciativo como un automóvil. Yo embolso un millón de pesos en un sólo día, dejando detrás medio millón de miserias, de desesperaciones y vergüenzas. Represento el mejoramiento de la raza caballara, y tú has contado mis éxitos, reseñado mis proezas, alabado mis méritos. ¡Gracias!

Lenta, solemne, majestuosamente, la figura del aurificado se fué, siendo reemplazada por una noble y fina figura de mujer, cuyos labios puros se entreabrieron para decir:

— Yo soy el Arte. Tú me has rendido homenaje, tú has luchado denodadamente por mí que recordaré tu nombre con imperecedera gratitud.

Pasó, y vino a proyectarse en el lienzo otra imagen de mujer. Llevaba ésta el rostro pintarrajeado, vestía traje arlequinesco, y dijo con voz chillona:

— Yo soy la Mediocridad aplaudida y defendida por tí; yo soy el collar de piedras falsas que tu crítica bondadosa hizo brillar como diamantes verdaderos. ¡Gracias!

Con los ojos desmesuradamente abiertos, con el rostro cubierto de sudor, con los miembros presa de un temblor nervioso, el periodista vió marcarse en el lienzo, hablar y pasar un sinnúmero más de artículos, de sueltos, quienes dignos, quienes nobles, quienes grotescos ó deformes. Y como no podía negarles la paternidad, exclamó desesperado:

— ¡Y todos son hijos míos!

Entonces las tres vírgenes se adelantaron y la mayor de entre ellas habló de este modo:

— ¡No!... Nosotras, hijas de tu espíritu que sufrí al engendrarnos, nosotras somos tus hijas. Esos que has visto pasar, humildes ó altaneros, nobles ó indignos, sólo tienen de tí el traje, el traje que le has confeccionado en tu pobre oficio de sastre de ideas ajenas!

La visión se borró.

Javier de VIANA.

